



INFORME: El año Quijote

El Quijote como falso elemento de cohesión

José Aranda Aznar

Para ser capaces de entender por qué los españoles podemos ser respetados y queridos gracias al Quijote, hemos de detenernos a pensar en que posiblemente una novela, a diferencia de los acontecimientos históricos protagonizados por nuestro país, siempre susceptibles de interpretaciones encontradas, es capaz de mostrar no lo que somos sino lo que soñamos ser y que precisamente el sueño que se vive en esa novela, compartido por gran parte de la humanidad, es lo que hace universales a don Quijote y a Sancho, lo que despierta sentimientos de ternura hacia ellos y, por extensión, hacia un pueblo que se supone mantiene latentes sus ideales.

Estos sentimientos compartidos, llevaron a Dostoiévski a decir en su *Diario de un escritor* que, si se acabara el mundo y alguien preguntara a cualquier mortal cual había sido el sentido de su vida, el interpelado podría limitarse a enseñar un ejemplar de Don Quijote, diciendo: "He aquí mi conclusión de la vida. ¿Podéis condenarme por ella? No sostengo que tuviese razón al obrar así, pero...". Y, de este modo, la novela de Cervantes es vista universalmente como la más alta expresión del sentimiento humano, tal y como la calificó el propio Dostoiévski, y puede asegurarse que se ha erigido en uno de los más importantes elementos de cohesión entre los españoles y el resto de pueblos que, a través de la misma, pueden identificarnos, conocernos y considerarnos como hermanos.

Sin embargo, paradójicamente, esta fuerza aglutinadora que puede palpase en nuestras relaciones con personas de otros países y razas no parece funcionar en el interior de España, lo que sin duda constituye un serio motivo de preocupación. Un buen ejemplo de cómo en nuestro país El Quijote no es un elemento de cohesión se puede encontrar en lo ocurrido en el Debate para la investidura como Presidente del Gobierno de Rodríguez Zapatero, celebrado en el Congreso en abril del pasado año, cuando a su propuesta integradora ("Me propongo que la cultura se sitúe en la esfera de las cuestiones de Estado. La conmemoración del cuarto centenario de la primera edición de El Quijote es una ocasión excepcional para promover las culturas, las historias y las lenguas de España") se respondió con prolongados abucheos por parte de diputados populares y con torpes comentarios de Josu Erkoreka, portavoz del Partido Nacionalista Vasco, quien mostró su aversión por el episodio de la novela donde un vizcaíno como Don Sancho de Azpeitia es vencido por don Quijote.

Que este no es un hecho aislado lo muestra lo ocurrido, también en el Parlamento, con motivo del Debate del Estado

de la Nación celebrado los días 26 y 27 de junio de 2001, cuando el entonces líder de la oposición Rodríguez Zapatero habló de aprovechar los 400 años de la aparición de El Quijote, "como lo intentaron los de la generación del 98 hace un siglo con menores posibilidades", para que nos sirviera de plataforma cultural. Esta propuesta fue contestada por Juan José Lucas, ministro de la Presidencia del Partido Popular, quien afirmó que "El Quijote representa en la historia cultural de España algo así como los Harlem Globe Trotters para la americana".

Indudablemente, ya dentro del año de celebración del IV Centenario del Quijote no se escuchan comentarios tan espontáneos como los señalados y, según parece, se ha sometido a disciplina partidaria a quienes, por su ignorancia, pueden llegar al colmo de asimilar la trascendencia cultural de una obra máxima de la literatura universal con las cómicas actuaciones de un equipo de baloncesto. Sin embargo, todo parece indicar que la ocasión brindada por esta celebración no va a ser aprovechada y, si se hiciera un análisis de contenido de los actos que se están sucediendo, podrían verse junto a quienes se suman a los valores defendidos por don Quijote a otros que, sin fuerza moral para defender unos principios que chocan con los quijotescos, guardan silencio confiando en que transcurra el año sin mayor trascendencia o, lo que todavía es más despreciable, fingen amar al personaje cervantino con el mayor de los cinismos y con el objetivo último de desnaturalizarlo.

El problema está en que no parece que les vaya a resultar muy difícil conseguir tan oscuros fines, entre otras cosas porque quienes debiéramos velar por mantener vivo el espíritu de don Quijote no denunciáramos la actitud de los que pretenden mantenerlo enterrado y, de una vez por todas, no dejamos claro que existen dos bandos irreconciliables, entre otras cosas porque no desean una cohesión que, si se analiza con profundidad, resulta de todo punto imposible. Uno de los miembros más destacados de la citada Generación del 98, Miguel de Unamuno, en esa importante contribución al tercer Centenario que fue su libro *Vida de don Quijote y Sancho*, siguió precisamente esta línea de denuncia, aplicable a los Lucas y Erkorekas de hoy en día: "Si nuestro señor Don Quijote resucitara y volviera a esta su España, andarían buscándole una segunda intención a sus nobles desvaríos. Si uno denuncia un abuso, persigue la injusticia, fustiga la ramplonería, se preguntan los esclavos: ¿qué irá buscando con eso? ¿a qué aspira?... Ante un acto cualquiera de generosidad, de heroísmo, de locu-

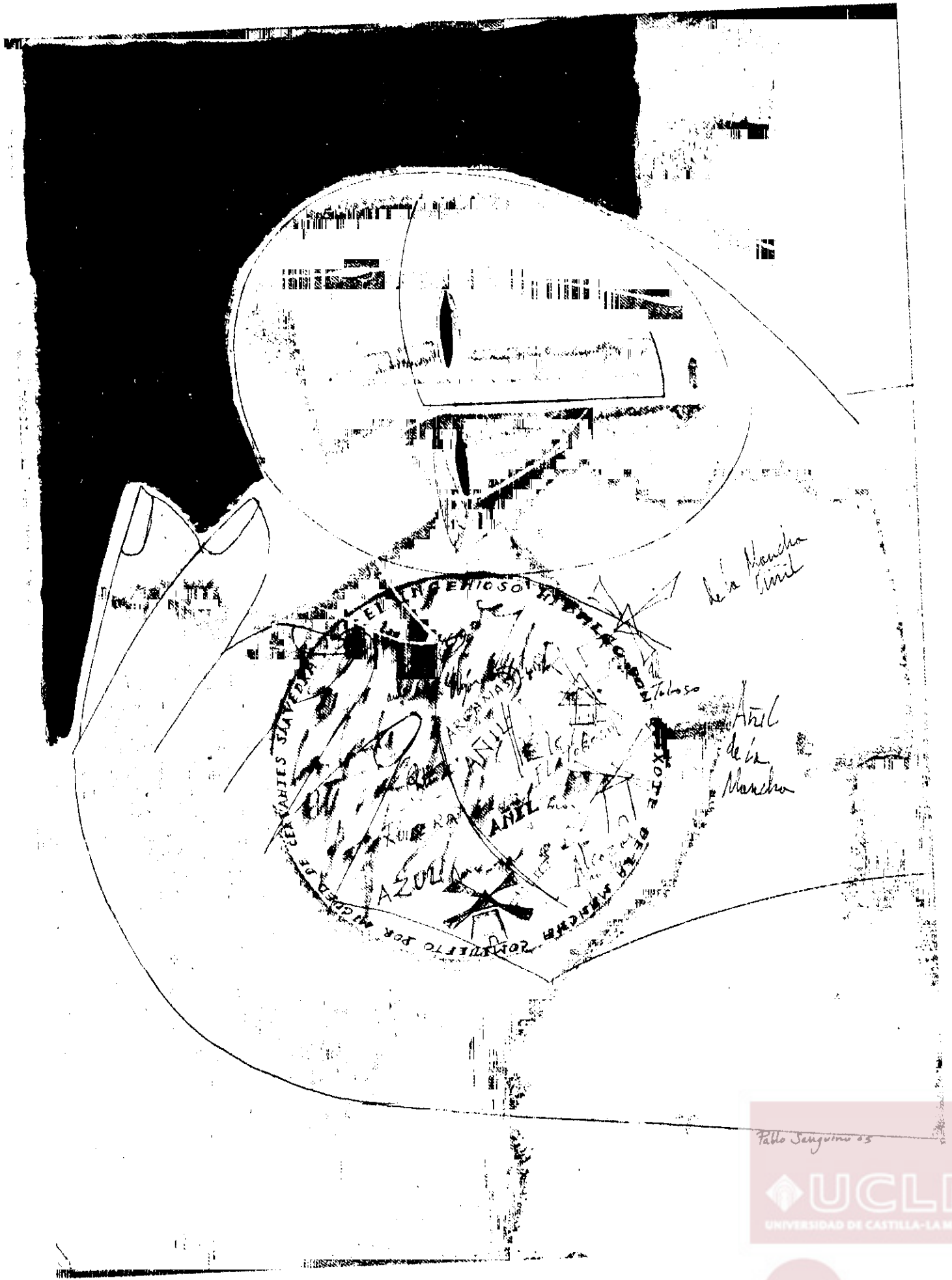


Ilustración de Pablo Sanguino

ra, a todos esos estúpidos bachilleres, curas y barberos de hoy no se les ocurre sino preguntarse: ¿por qué lo hará?”.

Las causas por las que El Quijote no puede conseguir el milagro de cohesionar la sociedad española se encuentran en la propia obra de Cervantes. El mismo maleficio que supone don Quijote para un personaje como Bush, en palabras de Carlos Fuentes, supone para muchas personas y grupos de nuestro país que, como el presidente norteamericano, son los enemigos naturales del personaje cervantino. En efecto, El Quijote no puede interpretarse ya, como ocurrió hasta las lecturas románticas del siglo XIX, como la obra maestra de una comicidad que se apoyaba en las extravagancias de su protagonista y, por el contrario, ha de verse como el choque de ideales altruistas contra una realidad sórdida, por más que dichos ideales hubieran de encarnarse en un personaje al que, por su pérdida de facultades mentales, pudieran perdonarse sus comportamientos heterodoxos y, lo que podía haber sido más peligroso para su autor, sus reacciones frente al poder.

Cuando se analizan los problemas que denuncia Cervantes en su novela se aprecia que muchos de ellos tienen gran vigencia en nuestra sociedad, siempre haciendo la comparación con las lógicas contextualizaciones de dos periodos históricos separados nada menos que por cuatrocientos años. Dejando de lado algunos parecidos tan espectaculares como las rogativas para acabar con la sequía, en las procesiones que se han visto este verano y la de disciplinantes que pedían a Dios que “abriese las manos de su misericordia y lloviese” (capítulo 52.I del Quijote), se pueden buscar otros ejemplos de mayor trascendencia.

Las actuales reivindicaciones nacionalistas recuerdan mucho la que lleva acabo el ya citado don Sancho de Azpeitia cuando exige ser llamado caballero por don Quijote (capítulo 8 de la I Parte), condición que, a finales del siglo XVI, llevaba implícitos privilegios como los que actualmente se reclaman en los terrenos político y fiscal. En relación con el tema de la justicia, se pueden comparar esos procesos judiciales que parece que no van a tener fin, como por ejemplo el Caso Fabra, donde en apenas 18 meses han sido seis los jueces que han tenido que reiniciar las diligencias, con lo que ocurría a finales del siglo XVI, donde se hablaba de “juicios inmortales” por la artimaña, siempre promovida por gentes con poder, de trasladar los casos a las múltiples jurisdicciones que existían: Justicia real (Corregidores del rey, Audiencias regionales y Consejo Real de Castilla), Consejo de Guerra, Consejo de Indias, Contaduría Mayor de Hacienda, Consejo de las Órdenes militares, Chancillerías, Alcaldes ordinarios y mayores, Alcaldes de la Santa Hermandad y Tribunales especiales ecle-

siásticos y de la Inquisición. También algunas sentencias rodeadas de escándalo, como la reciente de Farruquito, encuentran similitud con casos que ocurrían en tiempos del Quijote, y precisamente con gentes dedicadas al espectáculo. Así, Luperco Leonardo de Argensola en su Memorial dirigido a Felipe II contra la representación de las comedias decía: “hoy hay en España representantes que han hecho homicidios y no han padecido por ellos, sino dejados salir libres y sin costas...”, testimonio que viene a confirmar Sancho, aunque también en un caso más grave que el del bailar andaluz, cuando, en el capítulo 11 de la II parte, dice: “Recitante he visto yo estar preso por dos muertes y salir libre y sin costas”. Sobre la prostitución, toda la preocupación en la actualidad, parece estar en que las mujeres no se vean por barrios céntricos, al igual que en el siglo XVI, donde se adoptaron medidas para alejarlas de zonas residenciales de Madrid, (como la calle del Duque de Maqueda, donde vivía el embajador de Venecia, o las casas próximas a la residencia del Embajador de Persia), o expulsándolas al Barranco de Lavapiés, según decisión de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte del 29 de octubre de 1596, “so pena de cada quatro años de destierro de la Corte”.

Ante los ejemplos citados, y otros muchos que pueden encontrarse en la novela, don Quijote reaccionaba con su extraordinaria fuerza moral. La universalidad de su carácter, donde lo importante eran los valores esenciales del ser humano, le permitía arrasar cualquier idea localista o nacionalista. Su sentido de la justicia le llevaba a tomar partido por los miserables que, encadenados, iban a cumplir el terrible castigo de galeras por delitos tan mínimos como haber robado una cesta de ropa o, lo que era peor, por no haber tenido los 20 ducados que le hubieran permitido comprar al escribano y al procurador (capítulo 22 de la I Parte). Su respeto por la mujer le hizo llamar “altas doncellas” a dos mujeres de partido como La Tolosa y La Molinera (capítulo 2 de la I Parte) y este trato respetuoso, tan alejado de lo que estaban hechas a oír, consiguió que, por un momento, las mujeres recuperasen su dignidad y le preguntaran, con actitud maternal, si “quería comer alguna cosa”.

No siempre las acciones de don Quijote tuvieron tan excelente resultado porque, por ejemplo, a los galeotes liberados les faltó tiempo para apedrearle, pero no por eso desistió nunca de defender aquello que creía que era justo y, sobre todo, de hacerlo con una grandeza moral que en aquél tiempo, como ahora, debía brillar por su ausencia. De ahí el interés por rescatar su figura en estos momentos en los que, todavía, su presencia sigue haciendo tanta falta, por más que haya quien tiemble ante la posibilidad de verle resucitado. ■

